

Rafael
Alberti

La arboleda perdida, 2
Tercero y Cuarto libros
(1931-1987)



La arboleda perdida es el evocador título que dio Rafael Alberti a la obra destinada a recoger sus memorias. El primer volumen, terminado en Buenos Aires en 1959, abarca los años que van desde 1902 hasta 1931 y da cuenta de los primeros recuerdos —la niñez andaluza, la adolescencia y la primera juventud del poeta— de una existencia de enorme plenitud y riqueza, tanto en el plano vital como en el intelectual, y que abarca prácticamente la totalidad de uno de los siglos más apasionantes de nuestra historia.

El segundo volumen, publicado en 1987, tras el retorno del exilio, recoge los años transcurridos desde 1931 hasta finales de la década de los ochenta, y acaba de perfilar los avatares de una vida llena de contenido y la polifacética personalidad del poeta pintor a través de los sutiles trazos de su recuerdo.

LIBRO TERCERO

1931-1977

En el mes de julio de 1959 ya daba por terminado en Buenos Aires el primer tomo, dividido en dos libros, de La arboleda perdida, obra en la que recojo mis memorias hasta 1931, o sea, hasta la llegada de la II República Española. Desde entonces a hoy, en que me propongo continuarlas, han pasado veinticinco años. Y me encuentro viviendo en España, digo en Madrid, desde 1977, después de mi regreso de la República Argentina y de Italia, es decir, de un destierro que duró casi treinta y nueve años.

—¿Pero cuándo continúa usted La arboleda?

—Estamos esperando tus memorias. ¿Piensas seguirlas?

—¿Espera usted acabarlas después de muerto?

—Imperdonable, imperdonable...

Y así por todas partes, e incluso fuera de España. La verdad es que me daba una gran pereza. Tengo ahora más de 81 años. Demasiados. Demasiadas cosas que contar. Demasiado siglo catastrófico para tener que hablar de mí sin desenredarme de él. Pero, de pronto:

—Pues sí, señor, pues sí... Me parece que ahora las voy a continuar. Si usted me anima, si usted me compromete...

Esto le voy diciendo a Piero Ostellino, director del Corriere della Sera, al que conocí hace muy pocos días en Castiglione di Sicilia, durante una bella noche en la que fuimos premiados, con otras personalidades de la cultura, por el Comune de la ciudad.

Pues, sí, le repito, señor director, amigo director, usted me va a hacer arrancar, usted, no sé por qué y no otro, va a poner mi memoria en movimiento, y ahora, sin orden cronológico, irá usted recibiendo, espero que con puntuali-

*dad, retazos, según el viento me los vaya trayendo, de mi
Arboleda perdida.*

I

Creo recordar haber leído, hace años, en Stendhal, que cuando él —o tal vez algún personaje novelístico suyo— oficial de los ejércitos napoleónicos, recibió la orden de mantenerse firme al frente de su compañía, en el lindero de un camino que bordeaba un pequeño campo todo él sembrado de coles, no podía sospechar cómo después de muchísimas horas de desvelo y cansancio, que aquellos desbandados infantes y carros de guerra que comenzaron a pasar desfavoridos pertenecían a las tropas de Napoleón Bonaparte en retirada de Waterloo, cuya perdida batalla acababa de poner fin, nada menos, que a todas las atronadoras apoteosis bélicas del emperador gloriosísimo. Y desde entonces, para Stendhal, o para el oficial de su novela, la famosa batalla de Waterloo siempre quedaría reducida en su recuerdo a aquel «campo de coles» que había tenido ante sí, durante tanto tiempo, con los soldados de su compañía. Pues bien: yo quiero, desearía contar ahora la guerra civil española desde «mi campo de coles», ese que yo solamente pude ver, sin recurrir hoy a historias posteriores o documentos, atendiendo tan solo a lo que tuve ante mí, a lo que sé, tantas veces a medias, lleno con toda seguridad de errores, de nombres y fechas equivocados... Sí, aquel «campo de coles» que fue también mi vida y aún lo sigue siendo a la distancia, después de tantos años.

Estábamos ya en los primeros días del mes de marzo de 1939. Todavía en Madrid. Habíamos oído, con grandísima pena, por una radio francesa, la muerte de nuestro grande y envejecido poeta Antonio Machado, en un pueblo del sur de Francia, en Colliure, cerca de los campos de concentración, donde millares y millares de españoles republicanos,

sobre todo soldados, comenzaban su destierro en condiciones terribles. Pero en Madrid, nuestra capital de la gloria que aún resistía después de más de treinta y dos meses, se presentó, para nosotros de improviso, el doctor Negrín, jefe del Gobierno, que regresaba de París para continuar la guerra acompañado, entre otros, de los generales Lister y Modesto, y de mi jefe y gran amigo Ignacio Hidalgo de Cisneros, general también de las Fuerzas del Aire. El coronel Segismundo Casado, alma de la defensa de Madrid, los recibió lo más amable que pudo, aunque siempre con aquella sequedad de esparto avinagrado que trascendía de su cara. Madrid todavía aguantaba con entereza, a pesar de la pérdida de Cataluña y de que casi todo el Gobierno de la República, con el presidente don Manuel Azaña a la cabeza, se encontrase ya fuera de España. Pero el doctor Juan Negrín había vuelto con ánimos de seguir la guerra, de redoblar nuestra resistencia, ya que aún nos quedaba no solo mucho territorio, sino gran parte del Ejército republicano distribuido por distintos frentes, para defenderlo. Pero antes de proseguir, tengo ahora que contar que unos días anteriores a la aparición del doctor Negrín en nuestra capital, se me había presentado en mi casa el ministro consejero de la embajada de Chile, Carlos Morla Lynch, gran amigo de Federico García Lorca y mío, quien sin más preámbulo, muy suavemente, con su pálido acento chileno, me dijo:

—Mi hijito. Todo esto ya está completamente perdido. Aquí en Madrid se está preparando un gran levantamiento. La situación es pésima, insostenible. Y vosotros corréis un gran peligro.

—Óyeme, Carlos —le dije—. Aunque corramos ese gran peligro, nosotros jamás nos meteremos en ninguna embajada.

—Está bien. Pero si tú me quieres dar los nombres de algunos amigos tuyos que puedan presentarse allí, nosotros los recibiremos. Pero tengo la orden de mi Gobierno de que sean pocos y solamente intelectuales.

Entonces yo le respondí, visiblemente molesto:

—Si eso, Carlos, es verdad, tu Gobierno me parece muy injusto en este caso, porque vuestra embajada ha tenido durante toda la guerra tres o cuatro grandes edificios abarrotados de *quintacolumnistas*, que pueden salir para asesinarlos en cualquier momento, y nosotros lo hemos respetado.

—Bueno, mi hijito —me repitió, tendiéndome ligeramente la mano—. Yo tengo esta orden. Ya lo sabes.

Aunque luego, acabada la guerra, supe de él algunas veces, no le volví a ver más en mi vida.

Por la tarde de ese mismo día me encontré en el patio de la Alianza de Intelectuales Antifascistas con Miguel Hernández, en traje de soldado, autor ya de *Viento del pueblo*, un estremecedor libro de poemas sobre la guerra, que había publicado no hacía mucho. Le conté la visita de Carlos Morla, amigo suyo también. Miguel me soltó con violencia, apenas escuchado el mensaje de Morla:

—¿Cómo me voy a meter yo en una embajada? Si esto terminara, me iría andando a mi pueblo.

—Tú lo que deseas es que te maten, Miguel. Es al único sitio donde no puedes ir.

Se encogió de hombros. Le di un abrazo. Fue la última vez que vi a Miguel Hernández.

Dos días después, casi al alba, salimos en la pequeña comitiva del doctor Negrín, por la carretera de Valencia, camino de Levante. Aquel romántico Gobierno heroico de la resistencia había elegido la ciudad alicantina de Elda, muy pequeña entonces, para instalarse, aunque provisionalmente, y reanudar la lucha. Pero sucedió algo terriblemente inesperado, que venía a coincidir con las predicciones de Morla. El coronel Casado acababa de anunciar con un discurso, por Unión Radio Madrid, su golpe de Estado contra el Gobierno de la República. Yo escuché, por casualidad, su respuesta a la llamada que Negrín le hizo desde Elda:

—No reconozco su autoridad. No reconozco su Gobierno. Sigo siendo el coronel Casado. Me he levantado contra ustedes. Ustedes, desde ahora, son los rebeldes...

El primer acto del Gobierno casadista fue fusilar a los mejores jefes de la defensa de Madrid, entre los que se encontraban los coroneles Barceló y Ascanio, con el joven jefe de brigada Juan Morillo...

No muy distante de Elda, en donde acabábamos de instalarnos, comenzaron a funcionar las ametralladoras de la quinta columna que se adhería a Casado, mientras recibíamos noticias de que la base naval de Cartagena se había pasado también a la insurrección de Madrid. Se corría gran peligro allí, en Elda, de caer prisioneros. Entre tanto, el general Miaja, que se hallaba en Valencia gozando aún de una inmerecida gloria que le había concedido la República, se adhería, deseoso siempre de terminar la guerra, a la Junta Nacional de Defensa del coronel Casado, aceptando, además, su presidencia.

¿Qué hacer? El peligro de caer prisioneros de los casadistas aumentaba, era inminente. Ya no había adónde ir. Con María Teresa me eché a andar entonces por un camino, pensando huir hacia Granada. Allí no habíamos estado nunca. ¡Oh, desesperada ingenuidad! No nos conocerían. Pero de pronto, mientras caminábamos a la aventura, se paró un automóvil en el que iba el general Hidalgo de Cisneros.

—¿Adónde vais por aquí?

—Pues... a Granada —le respondimos medio en broma.

—¿A Granada? Estáis locos. Subid aquí conmigo.

Y comenzó a hablarnos en francés. Al acercarnos a un cruce del camino, se bajó del auto, despidiéndose silenciosamente de nosotros, habiendo dicho antes al chófer, un joven soldado, el sitio adonde nos debía llevar.

Llegamos a Monóvar, un pueblo en donde nunca habíamos estado. Allí en las afueras, bajo un manchón de olivos, vimos a unos soldados tumbados a la sombra. Encontra-

mos, con sorpresa, al coronel Antonio Cordón y junto a él al ministro del Aire, Núñez Maza, ambos militares de carrera. Los dos se hallaban cerca de un pequeño avión, un Dragón, creo que francés, en el que solamente cabían unas seis personas. Hidalgo de Cisneros, que había reaparecido de pronto, se quedó en tierra, mientras nosotros levantábamos el vuelo. Yo no sabía adónde íbamos. Al piloto lo conocían los militares. De pronto, apareció el Mediterráneo. Nos estaba esperando la flota de Mussolini, que nos circundó el avión con balas luminosas... Íbamos volando a ciegas. Queríamos ir a Argelia. Pero el piloto sabía menos que nosotros. De pronto, dijo: «Aquello debe ser Melilla, y lo de más allá, el cabo Tres Forcas». Y pensamos que si caíamos allí, nos fusilarían inmediatamente. Pero al fin, cuando solo quedaba gasolina para no muchos minutos de vuelo, vimos una playa y cerca un aeródromo, en cuyo centro se destacaba sobre el pasto verde de la pista un gran letrero que decía: Orán. Bajamos, paralizado el corazón. Como todos llevábamos armas, algunas pistolas y metralletas, un oficial francés, con no muy buenos modales, nos las quitó. Era una tranquilidad. ¿Adónde íbamos con ellas? Inmediatamente, acercaron al avión un camión del Ejército y nos condujeron hasta un lejano hangar en donde nos dejaron, cerrando bien las puertas. No podíamos adivinar qué iba a ser de nosotros. Nuestro temor era grande. Estábamos callados. Sin atrevernos a hablar. Pero de pronto, las pesadas puertas se abrieron. Y apareció, deslumbrada, a contraluz, una figura en sombra, que reconocimos en seguida: era Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*, que había llegado en un avión igual al nuestro. Poco después, con otras personas que conocíamos poco, llegó también la secretaria de Dolores, Irene Falcón. «A lo mejor», dijo Núñez Maza, «ahora que estamos todos juntos, nos pueden trasladar estos franceses al África española, que no está nada lejos y en poder de Franco».

Pero por la raya de luz de abajo de la puerta que nos custodiaba comenzaron a deslizarse pequeños papeles, en

los que en uno estaba escrito en español: «Camarada Dolores, queremos, por favor, que nos dejes tu autógrafa». Nadie en un trance como aquel ha recibido una firma más gloriosa.

II

Chagall murió a fines del pasado mes de marzo, a los 97 años. Picasso tenía 91 cuando murió en abril de 1973, unos días antes de inaugurarse su segunda y última exposición en el Castillo de los Papas de Aviñón. Quiere decir esto que Chagall le superó en media docena de años. Picasso no amaba mucho a Chagall. Su gran admiración era Matisse, con quien intercambiaba cuadros y dibujos. Picasso era divertido, agudo e inesperado, sorprendente en casi todo momento. Chagall, en cambio, era más gracioso, más teatral, lleno de mímicos ademanes, un verdadero gran actor ruso.

Poco después de estrenado en Madrid mi *Fermín Galán*, que le valió a la muy grande y valiente actriz Margarita Xirgu una blanquísima bofetada de una elegante señora que descendió de su lujoso carruaje en el paseo de coches del Retiro, yo me iba a París, pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios con el fin de estudiar las nuevas tendencias del teatro europeo. ¡Oh, París! ¡El sueño fijo, la obsesión permanente de tantos pintores, sobre todo; imprescindible meta de los latinoamericanos, ricos argentinos, en especial! ¡Noches en los viejos cafés, como Les deux Magots, en donde tenían instalado su subversivo trono los surrealistas, o el Café Flore, por el que solía caer con frecuencia, acompañado de su elegante y extraño perro afgano, Picasso, atracción de muchos pintores españoles, como Manolo Ángeles Ortiz, Francisco Bores, Hernando Viñes, visitado a veces por Braque y el escultor cubista Laurens...! Aunque creo que ya la amistad entre Salvador Dalí y Luis Buñuel había concluido, todavía se escuchaban los ecos apasionados y batalladores de *Un chien andalou* y *L'Age d'Or*. Las vanguardias, después de haber hervido casi a compás,

se dividían y subdividían, partidas por la espada tajante de las ideologías políticas. El comunismo había estallado ya, y entre los ecos del no lejano suicidio de Maiakovski, se escuchaban poemas de Paul Éluard y el grito violento, arrebatado, de Louis Aragon. A Éluard lo había conocido yo, creo que vendiendo *L'Humanité*, a la entrada de la gran Exposición Colonial que se celebrara aquel año en París. Algo después, afiancé mi amistad con Aragon cuando lo encontré en Moscú, en casa de Lili Brik, la compañera de Maiakovski, durante el Primer Congreso de Escritores Soviéticos. Con quien inauguré una relación tierna y perdurable fue con Miguel Angel Asturias, ya autor de *Leyendas de Guatemala*, traducidas al francés por Paul Valéry. Nos reuníamos en el café Víctor Hugo. Arturo Uslar Pietri, venezolano, que acababa de publicar uno de sus mejores libros, *Las lanzas coloradas*, también asistía a nuestras reuniones, al lado del cubano-franco-ruso Alejo Carpentier, gran musicólogo, que escondía aún todo lo gran novelista que llegaría a ser después. En aquellos días era secretario de una rica escritora argentina, Elvira de Alvear, que dirigía una revista titulada *Imán* y quiso ser editora de *Residencia en la tierra*, que yo había intentado publicar en España, pero sin ningún éxito. Le hablé de la pésima situación económica de Pablo Neruda, cónsul de Chile en Indonesia. Pablo necesitaba urgentemente algún adelanto por su libro. Yo mismo fui con Alejo Carpentier a poner al poeta el cable anunciador: 5000 francos. Cuando años más tarde encontré a Neruda, ya cónsul en España, me dijo que el cable sí lo había recibido, pero que el dinero jamás. Elvira de Alvear era una simpática algo perturbada. Cuando no quería atender a una persona, delante de ella se taponaba los oídos con algodón y fingía escucharla atentamente. Durante una fiesta en su casa, todos los invitados vimos luchar, en medio de un salón, una mangosta contra una serpiente, saliendo vencedora la mangosta. Elvira fue quien me presentó a Vicente Huidobro, gran poeta, sí, pero de una inmensa vanidad, ra-

yana casi en lo grotesco. Cuando en el año 1937 vino a España para el Congreso de Escritores por la Paz, quiso en Madrid visitar algún frente, Pablo Neruda y yo inventamos esta copla, que se le hizo llegar, diciéndole que los soldados la cantaban con alborozo en las trincheras:

*Ya llegó nuestro Vicente,
ganaremos la batalla,
que es el hombre más valiente
por donde quiera que vaya.*

Alguna vez venía a nuestra tertulia el poeta Henri Michaux, no muy conocido entonces, pero estimadísimo de Jules Supervielle, quien me lo había presentado en su casa, enamorado hasta el éxtasis de una de las bellas hijas del gran poeta franco-uruguayo. Como Lautréamont y Laforgue, Jules Supervielle había nacido también en Montevideo. Entre las hojas de esta *Arboleda perdida* se moverá más adelante el aire lírico de este gran poeta y entrañable amigo, del que traduje, con Manuel Altolaguirre, muchos de sus poemas, cuando pasamos todo un verano en su casa de la isla mediterránea de Port-Cros. Ahora solo aquí, líneas más abajo, voy a entrar con él en el jardín y estudio del pintor Marc Chagall, en el elegante barrio de Auteuil. Era la época en que por la pintura de Chagall se paseaban de preferencia las vacas, subidas a los tejados, entre los novios voladores, los ramos floridos, los violinistas pordioeros, todo aquel mundo de prodigiosa fábula, envuelto por neblinas azuladas y rosas, lleno del encanto ingenuo, popular, de una honda melancolía ruso-hebrea. Aquella visita, la única que hice a Chagall en toda mi vida, se me escribió y dejé así grabada en mi memoria. Cuando acompañado por el poeta Jules Supervielle, entré en la casa del pintor Marc Chagall, vimos que era una vaca quien nos había abierto la

puerta. Ya dentro, vacas por todas partes: sobre los armarios, sobre las mesas, sobre las sillas, sobre los libros...

—Pero su estudio, Chagall, es más bien un establo.

Y pensé de pronto, que él se creería más pastor que pintor. Pero no, hay que desengañarlo, hay que decírselo claro: él también es una vaca. Rarísima, pero una vaca. Una de esas vacas que el poeta y ganadero Fernando de Villalón hubiera adquirido a cambio de una isla, un olivar o un pico de montaña: con los ojos verdes, luminosos, capaz de dar a luz toda una raza de toros andaluces con pupilas de estrella.

—Hay que amar a las vacas —nos dice Chagall alargando el hocico, sin duda porque su madre abrevaba en algún río, y su abuela, por parte de la misma, había sido una hermosa cornúpeta, robada por los rusos a unos mercaderes kirguises—. Hay que quererlas mucho. Para mí, el universo entero está poblado de ellas. Miren, si por la noche abro una ventana, las veo sobre los tejados vecinos, paciando la fina yerba que ha hecho brotar al borde el agua corriente de los canales. La luna congelada de Rusia está llena de vacas. De los establos humildes y nevados ascienden en manadas, camino de la Vía Láctea y los luceros. En una aldea del Cáucaso, dos novios que dormían fueron raptados por una y ascendidos hasta más allá de las nubes. Era una vaca azul manchada de blanco y con los cuernos en forma de herradura. Hasta las vacas me persiguen en sueño. He visto una saliendo por una chimenea. Otra dentro de un ascensor, otra almorzando tranquilamente a la puerta de un restorán de los Campos Elíseos... Sí, vacas por todas partes. No existen personas en el mundo. Solo vacas. Usted es una, su amiga otra, yo otra. Supervielle otra, mi hija otra...

Efectivamente, en aquel mismo instante una preciosa vaca de ojos verdes se bajaba de un Ford y llegaba a nosotros, atravesando el jardín. «¡Muuu!», dije yo, dándole la mano. Ella mugió también. Y todos los demás hicieron lo mismo con tristeza. Bajo un árbol, sobre una mesa de tape-